

JOSÉ MIGUEL DE AZAOLA

Todavía quedan jóvenes; José Miguel de Azaola lo es por los cuatro costados: cabeza con claridad de amanecer, acometividad de lancero, inquietud de escolar y serenidad de gladiador. El porvenir es suyo. Nacido en Bilbao, tiene en Don Miguel su maestro. ¡Que la perpetua inquietud del maestro, le alivie en sus propias inquietudes!

POESIAS SUELTAS

1

A don Miguel de Unamuno, bajo la tierra

(Dedicado a mi cordial amigo y gran lector, comentador y traductor de don Miguel, Robert Ricard).

Soñador eusqueldún, flor del orvallo
de la blanda hondonada vergaresa,
guijarro de los riscos arratianos,
ido a sorber claros a la diáfana,
ancha Castilla...

Caminador de España, en busca ansiosa
de la tumba que abriga al Señor nuestro
don Quijote, cuya alma se hizo tuya;
romero de San Nô, adalid de toda
causa perdida...

Don Miguel, de chacotas y de insultos
siempre blanco, que a tirtos y troyanos
diste igual trato: aquella fe en ti mismo
fué para el mundo el yelmo de Mambrino
que tú llevabas...

Terco viejo sublime, encastillado
en tu afán arrogante de ser siempre
el que eras: con tu barba y tu chaleco,
y haciendo tus eternas pajaritas
de papel blanco...

Don Miguel, don Miguel, tú que querías
dejar por tus testigos las ciudades:
tú que soñabas con legar al mundo,
en torres sobre fuego de crepúsculo,
fé de ti mismo...

Tú que bulliste en inquietud humana,
profeta audaz de un angustioso credo
(escuchado con miedo vengativo,
más premiado con odio que con pasmo)
de carne y hueso...

¿Cómo es posible, don Miguel rebelde
—enemigo jurado de esa muerte
sin quien no se concibe al heredero—,
que te hayas muerto: igual que Augusto Pérez:
ni más ni menos?

De Augustos es morir: morir de empacho
sin nunca sentir hambre de infinito
ni sed de océanos: morir de hartazgo
de cotidianidad bebida a morro
entre dos siestas...

Pero tú, don Miguel, que a cada día
destripabas por verle su secreto,
como un niño a un reló: tú que habitaste
en la ermita escarpada de tu espíritu
siempre señoero...

Tú, don Miguel, que sabes cómo se arde
en el alma sin fe de Manuel Bueno
y en el cuerpo doncel de tía Tula;
tú, hermano de Abel Sánchez: tú no puedes
haberte muerto...

Tú vives, porque así tú lo quisiste
y lo gritaste al mundo. Puesto a ello,
eras muy fuerte para no lograrlo:
creador de almas: dueño de la vida
de tus hermanos...

Y vives, no en la fama ni en los libros;
vives en tus seis pies de tierra parda
(¡tuyos por siempre!), haciendo pajaritas
con tu sudario.

¡Y la sed de océanos
quema tus huesos!

2

Verano

¡Qué contento se ha puesto, sabiéndose forzado
el sol! ¡y de qué pícara manera se divierte!
Cosquillea a la Tierra —que suelta carcajadas
de colores— y exprime cómo a un limón al hombre.

El vulgo sudoroso lleva a campos y playas
olor a muchedumbre, mondaduras, papeles
grasientos... En el pórtico de la iglesia del pueblo,
¡qué bien se escucha el ángelus mientras **demo**s se cuece!

Se pone el sol, y al cielo regala los colores
que arrancó de la tierra durante el día... Suena
la música: ¡la aldea toma el fresco bailando!

...Noche de plenilunio (cuchicheo de estrellas
y de cigarras)... Noche de interminables besos...
de atrevidas caricias... de dulce resistencia...

3

Vizcaya
A A. de G.

Cerros blandos cual pechos femeninos,
envueltos de la lluvia en el encaje,
que amamantan pacientes, bajo un traje
de niebla, a los hondones pueblerinos;

mar hirsuto, poblado de caminos
y sagas; ferronero martillaje;
minerales la lengua y el linaje
que lidió, por no hablar, con los latinos;

recios labriegos, lentos y esforzados
como sus bueyes; hembras paridoras;
marinos todo sol; desmesurados

festines; melodías soñadoras;
y, en los góticos templos descarnados
y oscuros, muchedumbres rezadoras.

4

Meditación

Hay momentos que no debieran serlo:
instantes con troquel de eternidades,
que valen y se afirman por sí solos,
superiores al tiempo y al espacio.

¿Qué quedaría del vivir, sin ellos?
Retazos de un fluír deslavazado,
sin **de dónde** ni **a dónde** que les dieran
un sentido valioso para el hombre.

Jalones que, al hallarse, el ser que quiere
ser siempre va en el tiempo colocando:
objeto y concreción de una existencia:

vosotros me inspirasteis la exigencia
de ser eterno, inalterable, uno:
olvidado ya el **antes**, y sin **luego**.

Al sumirme en el sueño de mí mismo
y escuchar cómo canta en mis entrañas
esa voz con flexiones siempre extrañas,
que diríase rezo de exorcismo;

al beber de las fuentes soterrañas
que refrescan el lujurante abismo
de mi yo, y escapar del espejismo
exterior: andamiaje de patrañas;

al poner en mi esfuerzo mi consuelo,
al bañarme en la sangre de mis venas,
al nutrirme de trozos de mi alma...

tórnase el apetito, puro anhelo;
las angustias se esfuman con las penas;
y reposa mi espíritu en la calma.

6

Omnia cooperantur in bonum (San Pablo)
...etiam peccata (San Agustín)

Señor, que sabes escribir derecho
con torcidos renglones, y trasformas
en bien, para tu gloria, de mil formas,
cuanto mal sin descanso el mundo ha hecho:

sé que cobijas bajo el mismo techo
al odio y al amor; y que, en tus Normas,
a emplear como abono te conformas
la inmundicia que brota de mi pecho.

No permitas, empero, que yo vea
los bienes de mi culpa derivados:
¡niégale ese consuelo inmerecido

al monstruo de mi orgullo; y haz que sea,
para más padecer por mis pecados,
ignorante del bien que han producido!

Instante que das frío y esperanza...

Instante que das frío y esperanza:
 quiero que seas mío; aprisionarte
 con firmeza, sacándote del tiempo;
 no dejarte escapar... Intensamente
 vivir en ti, ser todo yo en ti sólo...

Señor, Tú que me quieres, no permitas
 que deje ese momento de ser mío
 jamás; por una vez y para siempre
 dámelo y, con él, fuerzas para hacerlo
 eterno, sin variar, sin acabarse,
 total, pleno, rotundo, simultáneo,
 simple, bello en sí mismo, sin fisuras,
 paréntesis, lagunas ni añadidos.

El solo... (y, en él, ella y yo fundidos,
 siempre glorificándote contentos)...

Al mirador

La gente por la calle se desliza ligera,
 cargado cada hombre con su mundo interior;
 la niebla, pudorosa, se prodiga queriendo
 velarme de las almas el íntimo temblor.

Todos andan aprisa: diríase que es tarde
 para todos a una: parece que, al volver
 cada esquina, esperaran ver el amor triunfante,
 el negocio resuelto, la ilusión sin ayer...

Voluntades mojadas: fantasmas del orvallo:
 espectros ciudadanos que pisáis sin hollar,
 imprecisos e ingrátidos: ¿qué angustia os zarandea,
 cual ola, en el urbano revuelo inmenso, mar?

Canción que sales volando...

Canción que sales volando
de mi pecho: lleva dentro
de ti, lo que quiero darles
al aire, a la luz y al cielo.

Llévale al aire mis ansias,
lleva a la luz mis deseos,
y al cielo habrás de llevarle,
canción mía, mis anhelos.

(Cuando te cante de noche,
volarás, canción, llevando
mis pensamientos más negros).

La vida es sueño

A Pablo Bilbao.

Estupenda mentira de la vida
¿cuánto me durarás?
¿cuántos días y noches, todavía,
me serás verdad?

¿Hasta cuándo seguiré viéndome preso
del aquí y del hoy,
y llamándoles sueños a unos sueños,
y a otros, en cambio, nó?

¿Hasta cuándo creeré, como si fueran
la única verdad,
en unas pocas cosas? ¡ Si son tantas
las que quiero probar,

y tantas las que gusto y paladeo,
y me saben tan bien!
Y, pues existen para mí soñando,
¿por qué no he de creer

que son reales? ¿No es real, acaso, el gozo
que ellas me dan
—como otras me darían, si tuviera
tiempo de soñar más—?

(¡ay, mis sueños posibles, no nacidos
y que ya no tendré:
cuánto bueno guardábais para mi alma,
que yo nunca sabré!).

... ..

Portentosa mentira: mientras dures,
al menos me cabrá
el placer de gritarte así: «¡Mentira!
¡Todo — ¡nada! — es verdad!».

Pero cuando tú acabes, mi mentira
que como perro fiel,
como sombra, me sigues, como el beso
de mi madre al nacer,

y toleras callada mis caprichos,
mi incesante pedir
lo que no puedes darme, mis injurias,
mi rabioso dormir

—que es matarte, enviudar por unas horas
de ti—: tú, mi leal
mentira que, al abrirse cada día
mis ojos, allí estás;

y, al cerrarse a las noches, allí quedas,
sin que nadie de allí
moverte pueda; tú, que eres tan mía
que existes para mí,

y soy yo tu razón de ser, tu objeto,
tu norte, ¡tu señor
que ahora mismo, si quiero, puedo darte
fin!; tú, mentira atroz:

cruel y resignada al propio tiempo:
¿qué seré yo sin ti:
yo, infeliz, cuando llegue mi hora equis,
mi turno de morir?

... ..

Mentira, mi mentira: tú me guardas
dentro de una ilusión
que me es escudo y cárcel. Mientras dures,
podrá mi corazón

increparte, siquiera; mas, al cabo
de este peregrinar
de un crepúsculo a otro, ¿qué me espera?
¿cuál es mi más allá?

¿me será día o noche, sol o hielo?
¿encontraré algún ser
a sus puertas, que guíe mi caída
muerte abajo? ¿tendré

Virgilio o Beatriz...? (¡No, no es turismo
ni divina comedia
mi destino: que es salto al infinito
y es humana tragedia!).

Solo, espantado, con el alma en cueros,
veré que pesa más
un sueño que un imperio, y que más vale
el querer que el lograr:

pues queriendo merezco yo, y logrando
—nueve veces de diez—
obedezco y merece otro más fuerte
—hombre o Dios, ¡yo qué sé!—.

Y al alma, que hoy oculta sus vergüenzas
con la mentira y la verdad:
esas hojas de higuera que, cobarde,
no quiere abandonar:

¿de qué le servirán prudentes cálculos;
de qué, circunspección;
cuando se quiebren pesas y medidas
contra un nuevo patrón;

si un anhelo profundo, si una chispa
cordial de odio o amor,
pesarán, a la postre, más que tanta
famosa discreción?

... ..

Y hasta siempre, mi sueño: ya que, al cabo,
te volveré a encontrar
allí donde son una misma cosa
el vivir y el soñar.

